

ta noche en el teatro; por otra parte, lo que falta que contarte es lo más terrible de mi pequeña historia, y tantos recuerdos, sin tener donde ir, ni donde pasar la noche. Mi primera idea fué entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, echarme á sus tantas emociones de una vez me matarían. —Ve, Fernando, ve por la casa de tu condesa de Peña-Negra y déjame: necesito estar sola.

Antes de que Fernando pudiera articular una sílaba, María entró en una pequeña alcoba, y cerró tras sí la puerta con llave.

Fernando se retiró cabizbajo y pensativo.

#### IV.

Por la noche se representó en el teatro la tragedia de D. Manuel José Quintana, titulada: El Pelayo. Aquel amor terrible de Ormesinda, aquel valor y caballerosidad de Pelayo, aquellas concepciones sublimes del venerable poeta clásico, arrancaron lágrimas á los espectadores y los dejaron hechos presa de profunda melancolía: mas después se levantó el telón y apareció María Paquita con un justillo de terciopelo negro bordado de oro, una tunicela de crepón blanco, y un sombrerillo nácar adornado con flores, y que dejaba descubiertos dos delicados rizos de su cabello. La or-

questa comenzó á modular esas notas voluptuosas, alegres y vivas, en que abundan las sonatas y canciones españolas. María hizo al público una graciosa cortesía, y comenzó á bailar, con mesura y dignidad: después la música vibraba con una armonía celestial; el octavino y el flageolet enviaban sus armonías de gilguero hasta el fondo del alma, y María movía los pies veloces, su figura esbelta se animaba, su tunicela flotaba graciosamente despidiendo oleadas de luz. Ya se percibía en el fondo obscuro del proscenio como una sílabe llena de claridad, ya se acercaba ejecutando rápidos movimientos y mudanzas. Un pincel, el pincel de Miguel Angelo, para pintar esa cintura flexible y delicada, esos pies pequeños, ligeros y casi invisibles, esas ondas graciosas y relumbrantes de la tunicela, ese rostro en fin de ángel expresivo, animado, encantador... Sí, un pincel, porque la pluma... la pluma es menester botarla y pisarla con rabia, cuando no tiene poder bastante para pintar un cuadro voluptuoso, espléndido, lleno de la luz de los mil quinqués que alumbran un teatro... Los espectadores aplaudieron con furor: el baile se repitió, y se repitieron los aplausos. El gran ingenio de Quintana quedó nulificado, ante la mágica belleza é incomprensible agilidad de María Paquita. Fernando loco, de-

lirante, ébrio de amor y de ilusión, corrió al cuarto de Paquita; pero la puerta estaba cerrada y la criada le dijo que su ama no lo podría recibir, sino en su modesta casa á las cinco de la tarde del siguiente día.

Como es de suponerse, el galán no se hizo esperar mucho. A las cuatro y media de la tarde se dirigió á la casa de Paquita, y la encontró lo mismo que en la visita anterior, es decir, sentada delante de la ventana, ocupada en su costura.

—María, has estado anoche, le dijo Fernando al entrar, hermosa, encantadora, sublime. No sé qué sentí cuando la concurrencia entusiasmada aplaudía con estrépito. Todos esos aplausos, toda esa gloria es mía, reflexionaba yo, porque esta criatura que arrebató, que enagena á lo más noble, á lo más escogido de la población de Granada, es mía, absolutamente mía. Si yo le mando que lllore, llora; si le ordeno que ría, ríe; si estoy melancólico, también ella participa y siente mis pesares.—Pero ¿no es verdad, María, que nunca he tenido contigo estos caprichos? ¿No es verdad que siempre te he amado sin oprimirte?

—Tal vez será verdad, Fernando, repuso Paquita, alzando una faz melancólica hacia su amigo; mas lo que yo veo, es que la pobre bailarina no sirve más que para divertir los ócios de esa gente rica, noble y

selecta de quien hablas; gente que concibe una ilusión momentánea, pero que en el fondo del corazón desprecia y odia á los juglares que la entretienen. Si la pobre bailarina se mirase mañana tullida, enferma, abatida, nadie se acercaría á sus puertas para consolarla y socorrerla. ¿Qué importa á las condesas, allá en el fondo de sus alcobas de oro y terciopelo, la suerte de una huérfana, de una cómica, de una aventurera? ¿Qué joven pensaría en una flor marchita y ajada? Esto es terrible, Fernando, y perdona si te descubro este hondo pesar que oprime mi alma noche y día. ¡Oh! no quiero teatro, no quiero servir de espectáculo ni de juguete á esa ociosa y vana multitud.

—¡¡ María!!

—Pero soy huérfana, infeliz, y no tengo de qué vivir, continuó María con marcado abatimiento.

—María, yo te haré dichosa.

—Días hace que el joven noble, rico y galán, repite á la bailarina que la hará feliz, y nunca llega ese caso, porque le falta valor para arrostrar las preocupaciones sociales. Ya se ve, Fernando, he sido una loca en creer que podría aspirar á ser tu esposa.

—Basta, María, te juro que no pasarán ocho días sin que veas cumplidas mis promesas. Todo lo voy á disponer, y aunque

mis padres, mis amigos, el mundo entero repruebe este enlace, lo verificaré y viviremos solos, aislados, pero en el seno del amor y de la felicidad. Dices bien, niña, la sociedad es una odiosa multitud llena de vicios y de quimeras, que jamás puede darnos la dicha, y sin embargo, nos arrebatara con su influjo la que podemos disfrutar en el silencio y el retiro.—¿Lo entiendes, María? Dentro de ocho días serás mi esposa, y no te presentarás al teatro, sino que llevarás mi nombre con la frente erguida é inocente.

—Gracias, Fernando, gracias; eres bastante generoso, y tu amor es la única esperanza de mi vida; pero es forzoso que concluya mi historia. Este va á ser el lance supremo que me indique si debo aguardar un porvenir tranquilo, ó soportar toda una existencia de orfandad y de lágrimas.

—Habla, hermosa, habla. Te escucho, porque la relación de tus infortunios me interesa demasiado, y deseo conservarla.

María continuó así:

—Luego que perdí la esperanza de entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, procuré alejarme á toda prisa del barrio donde podía ser conocida de las vecinas, y desatinada, con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón comprimido y doliente, vagué la mayor parte del día, hasta que pasé ante la puerta de una iglesia, y entré á pedir auxilio y abrigo á la Virgen; ya que me en-

contraba completamente desamparada y perdida en el mundo. ¡Ah! Fernando, las palabras no tienen poder para expresar estas agonías, estos tormentos agudos que rompen fibra á fibra, todas las esperanzas de nuestro corazón. Largo rato recé y lloré ante una Dolorosa á quien Velázquez supo dar toda la expresión de amargura que tendría la madre de Dios cuando gemía al pie de la cruz de su Hijo; al fin me levanté de las gradas del altar, donde habían goteado las lágrimas que arrancaban los pesares á unos ojos de quince años, y salí del templo, si no tranquila, al menos resignada. En la puerta encontré á una anciana que tocándome afectuosamente el hombro, me dijo con dulzura:

—¿Qué tienes, hija mía, que estás tan pálida y llorosa?

—Nada, señora, nada, le respondí.

—¿Nada? es imposible, ese rostro expresivo y gracioso está muy demudado, y alguna desgracia te ha acontecido. ¿Te ha reñido tu madre?

—No tengo madre, señora.

—Bien, pues tu padre, tu tía, tu madrastra?

—Ningún pariente tengo en la tierra.

—¡Cáspita! exclamó la anciana; pues entonces ¿dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Es posible?

—Sí, señora. Servía yo en una casa donde por caridad me recogieron; mas me han arrojado de ella, y no tengo ni donde reclinar mi cabeza.

—Es prodigiosa tu historia, y necesito que me la cuentes. Ven conmigo, niña, yo te daré casa: te vestiré, te amaré como a mi hija.—¿Quieres?

—¡Señora!. . . .

—Decidete, no tendrás de qué quejarte. Eres muy hermosa y podré proporcionarte una buena suerte.

Yo no comprendí el sentido de estas palabras y seguí á la anciana.

Un año permanecí en su compañía, y en todo ese tiempo qué de atenciones y cuidados no tuvo para conmigo. No hubo deseo que no indicase, que no fuera satisfecho al momento; no hubo cosa que yo pidiese, que no me la presentara en el acto. Ni trabajaba, ni sufría ningún género de molestias. La costura, el bordado, el baile, esas eran mis únicas ocupaciones. Yo amaba á Doña Silveria tanto como á mi infeliz madre Dorotea.

—Dios bendiga á esa mujer que tan bien se portó contigo, María. Si la conociera, recompensaría lo que hizo por tí, con mi vida, si fuese necesario.

—¡Ah! Fernando, prosiguió María con despecho, Dios la habrá perdonado, porque es clemente; pero ¿sabes lo que quería de-

cir esa generosidad? Esa mujer fué á arrancar á la huérfana de un lugar sagrado para especular con ella, para venderla por oro, como una mercancía.

—¡Oh! infamia, infamia atroz, interrumpió Fernando colérico y revolviéndose en la silla.

—Observaba, continuó María, que entraban multitud de hombres embozados á nuestra casa, desde la oración de la noche en adelante; pero niña inocente como era, creía que también Doña Silveria tenía comercio de ropa, y por otra parte siempre me encargaba que no saliese de mi cuarto á esas horas. Sólo dos veces me llamó cuando estaba de visita un general viejo y taciturno. La última vez que aconteció esto, al retirarme de la presencia del general, oí que le dijo á Doña Silveria, "es celestial esta muchacha, y juzgo que me quitará esta melancolía y este mal humor que me consumen."

—Dios quiera sanar con esto á V. E., le respondió Doña Silveria. Yo me encerré en mi recámara y si bien satisfecha con los elogios del personaje, no volví á pensar más en semejante ocurrencia.

Pasado algún tiempo me ordenó Doña Silveria me pusiese los mejores vestidos. Lo hice así, salimos á la calle y nos dirigimos á una magnífica casa. Un criado nos introdujo á una sala adornada con ex-

traordinario lujo, en la cual me dijo Doña Silveria que me quedara, entretanto ella iba á avisar á las señoras que querían conocerme. No sé qué temor repentino me produjeron aquellos grandes espejos, aquellos muebles de mármol, aquellos sillones de seda y oro; temblando y sin atrever á sentarme, y estoy por decir que ni á respirar, permanecí como un cuarto de hora, á cabo del cual se abrió una puerta y apareció el mismo general á quien me había presentado Doña Silveria en nuestra casa.

—Por fin, Paquita, me dijo echándome los brazos al cuello, te resolviste á venir á mi casa, y á amenizar la soledad de un viejo soldado.

Rápido como una exhalación cruzó por mi mente un siniestro pensamiento; conocí de improviso la infamia de Doña Silveria, y repuesta algún tanto de mi primer asombro, quité de mi cuello los nervudos brazos del general, y me arrojé á sus pies exclamando:

—¡Piedad, señor, piedad!

—¿Piedad, Paquita? ¿Y por qué ese llanto, esas lágrimas, esa conmoción, cuando todos estos muebles, todas mis riquezas y todo mi amor van á estar á tus órdenes?

—Señor, os han engañado vilmente, y á mí me han vendido.

El general reflexionó un momento, y lue-

go, con voz pausada, dijo:—Engañado. . . . vendida. . . . ¿con que no sabías á qué venías á esta casa? ¿Con que no te han dicho nada? ¿Con que han sorprendido tu inocencia?

La voz suave, y el mirar honrado del general, me volvieron el ánimo, y brevemente le conté mi historia, ocultándole lo que pudiera obligarle á instarme para que me quedase.

Escuchóme con paciencia, y así que concluí, me dijo:

—¡Pobre criatura; me ha destrozado el corazón! ¿Quieres tener carrozas, muebles, criados, opulencia, y ser la señora de mi fortuna y de mi corazón?

—Quiero, señor general, le contesté resueltamente, que me permitáis salir de aquí.

—Muy bien: tu franqueza me agrada. Toma esta bolsa, y la puerta está abierta. Yo me retiro, porque me expondría á cometer un crimen. Cuando sepas que el general es viudo, no olvides que te ha respetado. Págale entonces esta acción con tu mano, y hazlo feliz. ¿Lo harás?

—Lo juro, señor general.

—¡Ah! gracias, niña, gracias. La buena acción que acabo de hacer, y la esperanza que has arrojado en la obscuridad de mi vida, me hacen por ahora feliz; pero júralo otra vez.

—Lo juro, por la memoria de mi madre.

—Basta. Ahora es fuerza separarnos. Si Dios quiere, volverá á juntar á la preciosa María, con el antiguo soldado español.

El general se dirigió á la otra pieza, y cerró la puerta tras sí; yo atravesé rápidamente el corredor, bajé las escaleras y me encontré en la puerta de la calle tan sola y aislada, como el día en que mi madre me arrojó al mundo.

Era yo entonces joven, muy joven. . . .

—Lo mismo que ahora, María, y además muy hermosa.

—No me toca á mí, contestó cándidamente María, calificarme en este punto, y así, prosigo. A pesar de mis pocos años, la dura escuela que había soportado, me enseñó que todas las acciones que hacen las gentes en la vida, pueden calificarse con esta sola palabra "egoísmo;" así es que no pensé en dirigirme á buscar abrigo en ninguna casa, sino á preguntar por el hotel de postas, pasar allí la noche y marcharme á Valencia, á Córdoba, á Sevilla, á cualquier parte que no fuese Granada. Con efecto, al día siguiente á las tres de la mañana, que oí el ruido de las cadenas y los gritos de los cocheros, bajé de mi cuarto y me coloqué en la rotonda. ¿A dónde me dirigía? ¿Qué iba á hacer? ¿Cuáles eran mis designios? ¿Qué porvenir se me presentaba? Tinieblas, confusión indefinible en

mi espíritu, tristeza letal que desgarraba mi corazón, esto era lo que sentía mi alma en aquellos momentos que tendré siempre presentes, en que calenturienta y desolada, me hallaba yo en la obscuridad del carruaje. En la primera jornada mandé solicitar un gorro, un velo, y un capota para abrigarme del frío de las mañanas, y evitar, cubriéndome el rostro, la curiosidad que era natural inspirase á los compañeros de viaje y transeúntes. El segundo día, lo mismo que el anterior, no me tocó ningún compañero en la rotonda. El tercero, un par de ancianos traficantes fueron mis compañeros, los que naturalmente me agobiaron á fuerza de preguntas; pero yo les contesté que me dirigía á Sevilla, á reunirme con una tía, pues había muerto mi madre en Granada, dejándome huérfana. Parecieron satisfechos de mi respuesta, y siguieron hablando de sus paños y lanas. Luego que llegamos á la posada como lo había hecho en los días anteriores, me metí en mi cuarto, á meditar sobre el partido que podría escoger. En estas hondas cavilaciones llegó la noche, mis párpados se cerraron, pues desde mi salida de Granada no había podido dormir; un sopor se apoderó de todos mis miembros. . . . . la puerta estaba abierta y. . . . .

—Acaba, acaba, por Dios, María, exclamó Fernando.

—Ya debes comprender lo que pasó. . . .

—Esto es terrible, atroz! . . . .

—Y sin embargo, era inocente. La fortuna, la fatalidad, el infierno mismo conspiró á perder á la pobre huérfana. Vienen los hombres, y con la misma facilidad que arrancan una flor, la deshojan, la pisan y se olvidan de ella, arrojan á la desgracia y á la perdición á una mujer que nunca los ha visto, que nunca los ha amado. El seductor se marchó, jamás lo conocí, porque el cuarto de la posada estaba obscuro, porque mi cuerpo y mi alma, rendidos al enorme peso de tantos contratiempos, no tuvieron fuerza para defenderse y para luchar contra la perversidad de un capricho momentáneo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! dame fuerzas para soportar este pesar, cuyo solo recuerdo me sofoca y me mata.

Al día siguiente continué mi camino, sin cubrirme el rostro, sin ocultar mi orfandad ni mi desamparo. Mis compañeros de viaje eran unos cómicos que se dirigían á Sevilla. Díjeles que sabía bailar, y en la noche, después de haber hecho prueba de mi habilidad, quedé ajustada, y desde entonces acá he tenido una vida errante, llena de triunfos y llena de adoradores. Afortunadamente mi corazón estaba seco y mi alma indiferente, y esto me ha servido para conservar mi honor hasta hoy, en que una loca pasión me ha hecho confiarlo á la hon-

radez de un joven noble y de la alta sociedad. Esta es mi historia; tú sabes si abandonas ó te enlazas con la bailarina.

Fernando había estado sumergido en la más profunda cavilación, hasta que saliendo de ella dijo á Paquita:

—¿Tenías túnico blanco la noche que aconteció esa aventura?

—Sí.

—¿Y estaba junto á la cabecera un gorro color de rosa y una capota gris.

—Sí.

—¿Te acuerdas qué día fué esto?

—El 23 de Mayo de 182. . . . .

—¡Oh! perdón, perdón, María, dijo Fernando cayendo de rodillas.

—¿Qué haces, Fernando?

—¡Perdón, María, perdón!

—¿Qué significa eso? ¿Conoces al seductor?

—El seductor está á tus pies.

—Sr. D. Fernando Garcés, interrumpió María; ahí tenéis la puerta, salid. En lo sucesivo podéis entrar como esposo cuando queráis, como amante nunca.

## V.

Mis lectores me permitirán que abandonemos por un momento á nuestros amantes, con el fin de darles á conocer un per-

sonaje, cuyo nombre han visto estampado en las páginas antecedentes.

Luisa Eleonora de Viveros, condesa de Peña-Negra, era la poseedora de cuantiosos bienes que como á hija única le había dejado su padre, el cual hacía como quince años que había muerto, según se dijo, á consecuencia del pesar que le causó una gran desgracia doméstica. En un principio el vulgo murmurador se atrevió á herir la reputación de su hija, que entonces era una niña cándida como una paloma, tímida como una cervatilla, y hermosa y fresca como un jardín de Andalucía; pero después la conducta ejemplar de la huérfana, su recogimiento, y puede decirse su habitual seriedad, pusieron freno á los lenguaraces, y olvidadas enteramente las primeras especies, voló por toda Granada la buena fama de Eleonora, tanto que muchos la juzgaban una santa. A la época de esta narración ya era una matrona de treinta y cinco años; pero de esas matronas hermosas á quienes parece que respetan los años, y en vez de robarles los atractivos se los aumentan y renuevan de una manera palpable.

Eleonora tenía unos ojos extremadamente negros, un poco hundidos, y sombreados, con unas rizadas pestañas. Su tez era sumamente tersa, de un blanco brillante, con unas ligerísimas tintas de nácar en las

mejillas. El resto de las facciones de su rostro, examinándolas con atención, nada tenían de delicado; pero en conjunto presentaban una figura sorprendente, capaz de arrebatarse la admiración del hombre más helado é indiferente. En cuanto á su cuerpo, era también elegante: talla alta, formas robustas, cuya morbidez se adivinaba al menor descuido del traje; andar mesurado y airoso, movimientos pausados, pero nobles; miradas de relámpago, y una sonrisa equívoca que se deslizaba de tiempo en tiempo de unos labios por donde salía el sonido de una voz armoniosa y expresiva.

Eleonora, desde la muerte de su padre, que acaeció en Madrid, se había retirado á una quinta que poseía en las cercanías de Granada, sin recibir á más visitas que á la familia de Garcés, y una que otra vez á un general que había sido amigo del difunto conde.

Dos días después de la escena que pasó entre María y D. Fernando, la condesa Eleonora se hallaba en una magnífica alcoba, adornada con esplendor y lujo oriental, reclinada en una otomana de damasco carmesí, y sumergida en una especie de éxtasis que la tenía con los ojos fijos en un hermoso canasto de flores que estaba dibujado en la alfombra. Pasado un cuarto de hora salió de su enagenamiento, y cubriéndose el seno y los hombros, de donde poco



á poco había ido desprendiéndose la suelta y trasparente bata de musolina blanca que los cubría, tocó una campanilla de plata. Al instante se destacó del marco de una vidriera azul, una muchachuela risueña, esbelta y ligera, que poniéndose en pie delante de la condesa, le dijo:

—¿Qué mandáis, mi buena señora?

—Es menester que trences mis cabellos, que dispongas el mejor vestido, que... Vamos, Isabela, apresúrate... es tan tarde, sí muy tarde; y tú permaneces inmóvil como una estatua, cuando te he mandado que me adornes.

—Mi hermosa señora está hoy de peor humor que otros días, á lo que parece, contestó Isabela tomando en sus manos el cabello negro de la condesa, y comenzando á peinarlo y á esparcir aromas en él.

—Mi humor es triste toda la vida; pero á fe de Eleonora, que hace días tengo sobrados motivos para estar disgustada. ¿Te parecen buenos presagios de felicidad, el que en diez días sólo se haya presentado una sola vez en mi casa el que debe ser mi esposo?

—Mi buena señora, le respondió Isabela, deberá considerar que Don Fernando ha estado ocupado en asuntos urgentes que ocurren en casos semejantes.

—¿Asuntos!... ¿Y qué asuntos pueden ocurrirle, cuando no tiene mi futuro espo-

so más que entrar á esta quinta y hallar cuanto es necesario para la vida, hasta una mujer hermosa que lo ame?

—Pero hoy debe venir, ¿no es verdad, señora?

—Sí, dentro de un momento. Apresúrate á concluir mi peinado.

—Al instante, señora condesa. ¿Os gustan los rizos? ¿O queréis que os haga del fleco unas trenzas anchas, que pasemos por detrás de las orejas?

—Lo que te agrade, Isabela; tú tienes excelente gusto para el peinado.

—Muchas gracias, señora; pero apropósito, ¿qué vestido os ponéis el día de la boda?

—¡Ah! Isabela, piensas tú como una niña que no ha sufrido la amargura de la vida. ¿Crees que pueda enlazarme con un hombre que ama á otra?...

—¿Ama á otra Don Fernando?

—Tengo vehementes sospechas de ello, Isabela. La soledad y los infortunios me han dado mucha calma aparente; pero en lo interior sufro mucho, mucho... Quisiera decir mil cosas á D. Fernando; mas temo que la explosión de mi orgullo la interprete como una pasión tierna, y... en ese caso prefiero encerrar los celos dentro de mi pecho! Una sonrisa sardónica asomó á los labios de la condesa.

—Es imposible, señora condesa, que un

hombre que os ve una vez, deje de pensar un momento en vos y ame á otra. Por mi parte, si fuera hombre, os amaría con delirio.

—Gracias, mi fiel muchacha, interrumpió la condesa haciendo un cariño á Isabela; tu corazón es noble y tierno; pero el de los hombres en lo general es corrompido é indiferente. Si te dijera yo que la condesa, llena de riquezas, de fausto y de hermosura, es despreciada por una aventurera, por una mujer del pueblo.

—Eso es imposible, señora.

—Debería serlo, si los caballeros no abandonaran la senda del honor, y se bajaran hasta las mujeres del pueblo, hasta la escoria de la sociedad, hasta lo más vil y más despreciable que tiene el mundo.

—¿Pues á quién ama el señorito D. Fernando?

—Te lo he dicho: á una vil mujer, á María la bailarina.

—¡A María! interrumpió asombrada Isabela.

—Sí, á María.

—Eso es imposible, señora. La pobre muchacha tiene el suficiente talento para conocer su posición y no aspirar hasta el rango de esposa de un noble caballero.

—Eres demasiado cándida, Isabela. Tu amiga María no aspira á la mano de Fernando; pero eso no le impedirá ser su querida.

—¡Oh! no digáis eso, mi hermosa señora. María es una muchacha honrada, y no es capaz de esas locuras. Es pobre, y baila en el teatro como yo os sirvo á vos, por tener un arbitrio con qué subsistir.

Isabela se puso algún tanto colérica y encendida al decir esto, y como la condesa lo notara, procuró calmarla.

—Tienes excelente corazón, Isabela, y me agrada que tomes la defensa de tus amigas con tanto entusiasmo; pero yo he vivido más que tú y conozco el mundo.

En esto se escuchó el ruido de una carroza, y la condesa, poniéndose en pie, continuó:

—Breve, Isabela, concluye.... recoge el pelo, solamente, y dame la red de oro y el vestido celeste, que Don Fernando lleva.

Isabela colgó en la cabeza de Eleonora una graciosa red de oro, le puso un vestido azul bordado, y un calzado blanco, y encendiendo unos pebeteros de plata que estaban sobre el tocador, salió de la alcoba.

A pocos momentos volvió á entrar y dijo á la condesa:

—El general Bernardes desea hablar á mi noble señora.

—El general Bernardes, ¿qué quiere aquí? Siempre el general Bernardes en mi casa. Dile, Isabela, que no estoy visible.

Isabela iba á salir; pero Eleonora, dejándose caer con impaciencia en la otomana, le

ordenó que introdujese á la visita anunciada.

## VI.

—Señora condesa, á vuestros pies.

—¿Puedo saber, señor general, qué motivo me proporciona el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se había colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admirar vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la cedisteis al soldado que venía cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros si habéis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojásteis al mundo.

—Siempre destilan acíbar y venganza vuestras palabras, general. ¿No os habéis cansado de martirizarme? Catorce años hace que nos volvimos á ver después de la época fatal de nuestros amores, y día por día con pocas interrupciones, me habéis hecho esa misma pregunta.

—Con efecto, tiene algo de extraño. Yo soldado, rudo, criado entre los combates y la pólvora, debía haber olvidado enteramente á mi hija; mientras que vos, dama

hermosa, reclinada en vuestras otomanas de tisú, y respirando los aromas de los naranjos y pebetes, debíais haber tenido presente á todas horas, que la pobre criatura que arrojásteis de vuestra casa, acaso mendiga ahora un pedazo de pan; acaso su miseria la ha puesto en la carrera de la prostitución. Ved los fenómenos que nos presenta el mundo. Al través del corazón encallecido del soldado, penetra un sentimiento tierno y sublime de amor paternal, y el corazón delicado y suave de una gran señora, no tiene un lugar para el recuerdo de su hija. Esto es muy criminal, señora, y la indiferencia con que escucháis mis preguntas, y las ningunas diligencias que practicáis para averiguar la suerte de esa inocente, me exaltan hasta el grado de que el día menos pensado os arrancaré esa máscara de santidad con que aparecéis á la vista del mundo, y proclamaré no sólo que habéis tenido una hija, sino que. . . .

—Piedad, Bernardes, piedad. ¿Por qué empeñarse en acíbarar mi vida? ¿Por qué inflamar una llaga dolorosa y siempre abierta en mi corazón? Soy madre, y daría mis tesoros, mis joyas, mis castillos, por encontrar á mi pobre niña, besar una vez su frente, y morir en seguida; pero vos tuvisteis la culpa, hubiérais ocurrido aquella noche á la cita, la niña estaría hoy en vuestro poder.